

Secuestro en Puerta de Hierro

Un relato apasionante sobre un tema
de dramática actualidad.

Ángel M^a de Lera



El rapto o secuestro de personas con fines lucrativos y de intimidación, que viola los derechos humanos fundamentales e inmolta a veces la vida de la víctima, es un tipo de crimen tan repetido hoy que aparece en los medios de comunicación como un episodio más del mismo trágico folletín inacabable. Su reiteración y el hecho de que, además, además, la responsabilidad de esos asesinatos y depredaciones sea reclamada por grupos que apelan a la mítica revolucionaria para justificarlos, revelan el propósito de destruir la paz social que los inspira. Un fenómeno de esa naturaleza no podía pasar inadvertido a un escritor como Lera, preocupado en todo momento por la suerte del hombre en su contingencia histórica. La agonía rural, la emigración, la guerra civil, el enfrentamiento de las generaciones y la alienación social del hombre son los temas capitales de la obra literaria de este novelista. Ahora, con «Secuestro en Puerta de Hierro», se enfrenta a esa forma de vandalismo a que antes nos referíamos.

Naturalmente, «Secuestro en Puerta de Hierro» es una novela, y ello quiere decir que Ángel M.^a de Lera ha utilizado la imaginación y la intuición con preferencia al dato concreto y a la prueba documental. Tampoco ha pretendido descifrar un enigma estrictamente policíaco. Lo que Lera se ha propuesto es sugerir lo que hay o puede haber detrás de la puerta mecánica de un secuestro: quién maneja los hilos de los personajes visibles en el escenario y qué fuerzas, qué ambiciones y qué designios operan al otro lado del telón de fondo. Es decir, lo que nunca se aclara ni se desvela plenamente, esos fantasmas que una y otra vez se desvanecen en la niebla de las conjeturas y los secretos de Estado. Porque no se trata de un hecho delictivo llevado a cabo por una banda de delincuentes profesionales, sino por una manifestación de esa guerra subterránea de nuestros días que

es el terrorismo, con táctica y estrategia específicas, tropas de asalto y estados mayores, alianzas y complicidades, que obedece, como la guerra llamada «convencional», a planes de dominación y coloniaje.

Lera apunta a varios aspectos de la transición política española que, junto a una amplia galería de personajes con su historia a cuestas, constituyen las premisas de un silogismo cuya conclusión ha de deducir de ellas el propio lector a través de un relato apasionante.

AL LECTOR

La que se cuenta en Secuestro en Puerta de Hierro es una historia inventada por mí, y sus personajes son, por lo tan-to, hijos de mi fantasía. Cualquier semejanza de los hechos que en ella se narran y de los personajes que en ella viven con los de algún suceso registrado en la crónica de nuestro tiempo, es pura coincidencia.

Ello no quiere decir, sin embargo, que mi historia sea falsa, no. Quizá ha sucedido, y yo pienso que sí, porque no hay nada en la imaginación que no provenga de la realidad. Lo que pasa es que nadie la ha contado fielmente hasta ahora, y lo que pasa también es que la imaginación ilumina de tal manera las cosas que parecen distintas, otra realidad, esa que, definitivamente, es la única verdadera. En cualquier caso, querido lector, puedes admitirla, rechazarla o recrearla de nuevo por ti mismo. Esta última solución sería la óptima, a mi juicio, y, si me permites decirlo, la que yo te aconsejo. Gracias.

EL AUTOR

1

LA CIUDAD ESTABA YA en movimiento y se anunciaba un día caluroso. El tráfico desbordaba calles y avenidas en chorros continuos, apestoso, tentacular, corriendo en ambas direcciones. De las afueras, de los poblados limítrofes y de sus celulares dormitorios, como de las fraudulentas urbanizaciones de los suburbios, se arrojaban al caos circulatorio, incesantemente, compactas jaurías de vehículos que formaban, en los semáforos, inmóviles embalses de camiones, autobuses, furgonetas y turismos, ocupados por viajeros soñolientos o iracundos, todos con prisas y con prematuro cansancio a las espaldas. Bocinazos, gritos, imprecaciones, insultos, y el taxista que se enfurece.

—¿Es que no tienes ojos? —grita a quien supone conductor neófito y, luego, dice al viajero—: ¿Lo está usted viendo? Así no hay manera. Si no regalasen los carnés... — y cambia súbitamente de carril sin dar apenas tiempo al que le sigue para frenar y evitar el choque—. Si de mí dependiera... Y todo por presumir de coche. Como el alcalde no haga nada por remediarlo, dentro de poco no habrá quien se atreva a circular por Madrid. Veremos qué es lo que pasa...

—Nada —le interrumpe el viajero—. Ya lo verá. Todo acaba por arreglarse, hombre. No se preocupe.

Su tono desganado lo advierte el taxista y pulsa la tecla del aparato de radio.

—¿Le molesta?

—No.

Tras unos carraspeos metálicos, surge nítida la voz del locutor que lee el índice del noticiario: «Más incertidumbre en torno a los rehenes de Teherán», «Terroristas italianos asesinan al expresidente de la fábrica química de Seveso», «Un policía nacional muerto en el atentado del domingo en Basauri»...

El taxista corta la voz, acompañando el movimiento de las manos con un gesto de rabia.

—¿Y hay quien aguante esto? —pregunta al viajero—. ¿Se arreglará también por sí solo?

El viajero, un hombre añoso y de aspecto enfermizo, que en ese momento tiene fija toda su atención en el contador del taxi, responde, evasivamente:

—Es una plaga —y se encoge de hombros.

—Y tanto. Pero ¿por qué no acaban con ella?

—Hombre... No sé. Falta hace, desde luego, pero...

—No me diga que no pueden.

—No debe ser fácil, digo yo.

—Pues es facilísimo, créame.

—¿Sí?

—Mire, yo llamaría a la mafia, ¿sabe?, y le daría una lista con los nombres de los cabecillas y les diría, poco más o menos, que estaría dispuesto a pagarle un millón por cada uno de esos tipos que me quitaran de en medio. A millón por barba, vamos. Lo que hizo De Gaulle con los de la OAS. Fácil. Es cuestión de autoridad. Pero no. Aquí, nadie quiere dar la cara. El que más y el que menos esconde la cabeza, hasta que le llegue el turno. A usted no le han atracado todavía, ¿verdad?

—No, no.

—Pues a mí, sí. Dos veces. En la última, me mosqueó el tío nada más verle la cara y me previne. Así, cuando me pidió la pasta amenazándome con un cuchillo, frené en seco. Claro, como no lo esperaba, perdió el equilibrio y faltó po-

co para que se estrellara de bruces contra el parabrisas. Yo aproveché rápidamente la ocasión y le arreé un leñazo en la cabeza con esto —y le muestra un tubo de plomo por encima del asiento— que le dejó sin sentido. Después, le amarre de pies y manos con la cuerda que siempre llevo por si tienen que remolcarme, y me lo llevé a una comisaría. En mala hora, coño. Metí la pata, pero ¿cómo podía yo pensar tal cosa?

—¿Qué? ¿Que metió la pata?

—Claro. Parece que la herida que le hice ha tardado en cicatrizar más de la cuenta, y ahora resulta que el agresor soy yo, porque ¿cómo puedo yo probar ahora que quiso atracarme, eh? No te jode. Pero es así legalmente y tengo que ir a juicio y, como me descuide, me encierran.

—Pero eso no puede ser, hombre.

—¿Que no? Ya lo veremos. Le digo a usted que por este camino no vamos a ninguna parte. Sí, vamos a la mierda. Con lo sencillo que es meter en cintura a la gente con la ley en la mano... Pero no quieren los que pueden y no podemos los que queremos. ¿Está usted en ello? De todas maneras, yo sigo llevando aquí el tubo de plomo, dispuesto a usarlo a la menor. Lo único que ya no haré será entregar el ladrón a la policía. Ca. Lo tiraré del coche donde pueda y aquí no ha pasado nada, ¿comprende?

Están detenidos ante un semáforo y por delante del coche pasa la riada de los de a pie que surge a borbotones del subsuelo por un próximo brocal del «metro».

—Esto no es vida —dice entonces, suspirando, el viajero.

Los empleados, todavía perezosos y lentos, se habían distribuido ya por las instalaciones de la Compañía en aquel gran edificio de la Castellana. Algunos iban de acá para allá, entrando y saliendo de los despachos, como los oficiales de órdenes en un cuartel general. Por su parte, los

ordenanzas, con sus uniformes azules galoneados de plata, parapetados tras sus mesas, vigilaban el ir y venir del personal y respondían, con falsa amabilidad, a las preguntas y solicitudes de los visitantes.

—¿División de compras, dice? En la segunda planta, señor.

—Tiene cita con el señor Urdaneta, ¿verdad? Creo que está reunido en comisión. Llamaré a su secretaria. Mientras tanto, pase a esa salita, por favor.

En la sala de juntas —larga mesa oblonga, con ceniceros y carpetas de piel sobre su brillante superficie de nogal como el resto del mobiliario, cuadros de pintura clásica, lámparas de bronce y cristal, y sillones cómodos, todo ello en una línea de elegancia sobria y respetable—, ocho hombres desmayados sobre sus asientos soportan el tedio de una espera prolongada. Todos bien rasurados, bien peinados y bien vestidos. Todos, entre los cuarenta y cinco y los sesenta años de edad. En su ambiente, los altos ejecutivos se parecen como los militares entre sí o como los frailes en coro. Algunos fuman. Hay quien disimula los bostezos. Se ve que la conversación o conversaciones han ido languideciendo poco a poco hasta extinguirse como hilos de agua que se agotan. El sillón de la cabecera está vacío. El de su derecha lo ocupa una cuarentona con restos de belleza muy cuidados y una nostalgia de juventud en sus ojos todavía hermosos. Es la única mujer en la sala y, por los lápices y el cuaderno que tiene ante sí se deduce que es la veterana taquígrafa del consejo.

Uno de los presentes apaga su cigarrillo en el cenicero, se levanta y se acerca lentamente al ventanal. Descorre un poco el vaporoso cortinaje y entonces penetra en la estancia un cuchillo de sol que le obliga a entornar los párpados. No obstante, adelanta la cabeza y deja caer la mirada sobre la avenida, reverberante como un río de fuego fluyendo por la calzada principal, orillada por dos filas de árboles incom-

bustibles. Es el fulgor de los destellos metálicos y de los cristales de los coches que se convierte en llamarada.

—Va a hacer un día de aúpa —dice, y añade tras una pausa—: Con lo bien que se debe estar ahora en Santander.

Sus compañeros le miran. La temperatura de la sala es muy agradable gracias a los refrigeradores que zumban apagadamente.

—Me parece, Medina, que este año nos vamos a quedar prácticamente sin vacaciones. Mientras no se solucionen los graves problemas pendientes tendremos que permanecer aquí al pie del cañón, y no parece que haya motivos para el optimismo. Sólo nos podrán aliviar algo los fines de semana.

Medina es el que está junto al ventanal y se dirige ahora a la mesa.

—Tampoco hay que ser tan pesimista, hombre. Yo no he perdido del todo la esperanza, Urdaneta. No digo que la cosa no esté mal, la verdad es que está peor, pero puede arreglarse. Claro que depende de que tomemos rápidamente una determinación, ya, ahora.

—Tendrás un plan, ¿no? —pregunta Urdaneta.

—Por supuesto.

Y Medina sonríe. Medina —ojos azulencos, rostro cuadrado, pelo canoso cortado a cepillo, nariz carnosa y fornido cuerpo— da impresión de fuerza y astucia.

Un tercer consejero advierte que son ya más de las diez y que la convocatoria era para las nueve. Se llama Pellicer y es calvo, con gafas de gruesos cristales, carnoso, y, mientras habla, golpea con un dedo el cristal de su grueso reloj de pulsera.

—Sí —responde Medina—. Y es extraño que tarde tanto nuestro presidente, siempre tan puntual.

—Le habrá surgido algo imprevisto —aventura Urdaneta, delgado, de perfil aquilino, cabello lacio y pálida tez, con aspecto de enfermo hiperclorídrico.

—De todas maneras —opina otro de los asistentes—, no hubiera estado de más un golpe de teléfono, porque no se puede tener a la gente esperando tanto tiempo, sin aviso ni excusa, ¿no?

Es Comín, de rostro puntiagudo y ojuelos malignos.

—Tienes razón, Comín —asiente Pellicer.

Urdaneta sugiere que se llame a su casa, pero se opone a ello Medina, porque seguramente ya no se encontrará en ella el presidente, y la llamada podría alarmar a su mujer. Y se establece de nuevo el silencio perezoso y desmayado hasta que se abre la puerta y aparece la atractiva figura de una mujer joven, con ese aire de suficiencia de la persona de confianza del jefe, que conoce las intimidades de la casa.

—Ustedes perdonen. En vista de la tardanza de don Félix me he permitido llamar a su casa —dice—. No sé si he hecho mal.

—Ha hecho usted muy bien —le contesta Urdaneta, saliendo al paso de cualquier disensión—. ¿Y qué le han contestado?

—Pues que salió a la hora de todos los días, a eso de las ocho.

—¿Nada más? —insiste Urdaneta—. ¿No dejó ningún recado ni respuesta por si alguien preguntase por él?

—No, nada más.

Los hombres se miran, indecisos, y Medina propone que vuelvan todos a sus despachos en espera de que Margarita les comunique la llegada del presidente.

Asienten todos y, cartera en mano, abandonan sus asientos y salen por la puerta por donde entró Margarita. Ésta se aparta un poco y les deja paso. La última en desaparecer es Fe, la taquígrafa. Las dos mujeres ni siquiera se miran.

Margarita, sentada a su mesa de trabajo, en el antedespacho del presidente, se pule las uñas con un diminuto suavizador de gamuza mientras su cigarrillo humea, abandonado, sobre un cenicero de cristal. En una mesita auxiliar, a su izquierda y al alcance de su mano, están los teléfonos. La estancia no contiene más mobiliario que un tresillo de cuero azul pálido y la correspondiente mesa de centro sobre la que se yergue un búcaro de porcelana con rosas rojas, que renueva diariamente la más afamada floristería de la ciudad. De sus paredes, estucadas en sepia, cuelgan algunas acuarelas de paisajes marinos. Se percibe un agradable olor indefinido en el ambiente.

Súbitamente, suena uno de los teléfonos y parece como si la silenciosa estancia se llenase de calambres eléctricos. Margarita suelta el pulidor y levanta el auricular con un rápido movimiento reflejo.

—Diga... ¿Yo? La secretaria del presidente —escucha unos segundos, en los que palidece y desmesura los ojos, y exclama—: ¡Diosmío! —Luego, inmediatamente, pregunta—: ¿Qué? —e insiste, muy nerviosa—: Oiga, oiga...

Margarita se queda un instante, trémula, con el auricular en la mano. Parece atónita, pero vuelve en sí rápidamente. Deja el auricular y empuña otro. Marca un número precipitadamente. Entretanto, se ha puesto en pie.

—Señor Medina, señor Medina... —casi grita—. Algo muy grave. Sí. Acabo de recibir una llamada anónima... Es un secuestro. Han secuestrado a don Félix. No, no me han dado más explicaciones... Bueno, sí, que volverán a llamarnos más adelante... No, no han dicho cuándo... ¿Qué debo hacer? Bien, bien, esperaré y guardaré la noticia hasta que ustedes... ¿Qué? ¿Que le repita sus palabras? Está bien. Pues primero me preguntaron quién era yo y, al responderles que la secretaria de don Félix, me dijeron: *Tome*

nota. Hemos secuestrado a su jefe, que está bien por ahora. Más adelante recibirán instrucciones. Eso es todo.

Medina pasea, con gesto de honda preocupación, por su despacho. Va y viene envuelto en el humo de su cigarrillo, que consume sin quitárselo de los labios, hasta que irrumpen allí Urdaneta y Pellicer, apresurados e inquietos.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa? —pregunta el primero.

—Sí, ¿qué pasa? —repite Pellicer.

Medina les señala el tresillo que ocupa uno de los laterales de la estancia y, mientras toman asiento, les dice:

—Os he llamado a los dos en principio, como consejeros más antiguos de la Compañía, antes de dar cuenta de los hechos a los demás. Hemos de tomar una posición antes de que cunda el escándalo que se anuncia y que es inevitable.

—¿Escándalo? ¿Qué escándalo? —y Urdaneta se revuelve en su asiento.

Pellicer, que mueve afirmativamente la cabeza, dice:

—Ya, que por fin ha estallado Electrosa.

—No, no se trata de eso ahora.

—¿No? Pues entonces suelta cuanto antes lo que sea —le apremia Urdaneta.

Medina dispara por fin:

—La cosa es mucho más grave, amigos: han secuestrado al presidente.

—¿Que han secuestrado a Sanz? —y Pellicer abre la boca y mira a Medina con ojos atónitos.

—¿Quién ha sido? —pregunta Urdaneta.

—Una voz anónima se lo ha comunicado a Margarita sin más explicaciones, y ha sido ella quien me ha dado la noticia, hace sólo unos minutos.

—En estos momentos... ¡Lo que nos faltaba! —se lamenta Pellicer.

—¿Y no han dado siquiera a entender quiénes son los secuestradores y qué quieren? —vuelve a preguntar Urdaneta.

—Ya me has oído, Tomás. Sólo han añadido que volverían a llamar para darnos instrucciones.

—Para mí está claro. ¿Qué van a querer? Pues un rescate. Millones. Lo de siempre, aunque... —y se detiene, añadiendo después—: También pudiera tratarse de una jugada sucia.

Medina y Urdaneta miran atentamente a Pellicer como queriendo adivinar qué es lo que esconde detrás de sus últimas palabras.

—¿Qué maquinación? ¿Qué jugada? ¿De quién?

Las preguntas de Urdaneta quedan en el aire, porque Pellicer, por toda respuesta, se encoge de hombros. Sigue una pausa embarazosa en que los interlocutores eluden mirarse a los ojos.

—Sea lo que fuere —dice, al fin, Medina—, creo que algo tenemos que decir y hacer, ¿no?

—Naturalmente. Yo creo que lo primero es avisar a la policía —apunta Urdaneta.

—Ya lo he hecho, Tomás.

—¿Se lo has dicho también a su mujer?

—No. No he querido dar la alarma hasta consultar con vosotros. Ya sabéis cómo son las mujeres... Ella no debe saber nada todavía, porque si supiera lo ocurrido nos hubiera llamado, creo yo. Claro que hay que decírselo, pero de la mejor manera posible, y no por teléfono, sino personalmente. Pienso que debierais ir los dos a Puerta de Hierro. Es una misión difícil, lo sé, pero es preciso cumplir cuanto antes ese trámite y adelantarse a la prensa, a los rumores, a los bulos y a las exageraciones, y nadie hay mejor que vosotros dos para ello. Entretanto, yo informo a los demás. ¿Os parece bien?

Pellicer y Urdaneta aceptan el encargo resignadamente. No obstante —observan—, hay que movilizar rápidamente

amistades e influencias, que son muchas y poderosas.

—Por supuesto. Voy a llamar inmediatamente a Interior y a Comercio para que nos apoyen en la Moncloa. A ver cómo responden.

Salen los dos comisionados y Medina se deja caer pesadamente en su gran sillón giratorio. Permanece pensativo unos instantes y, cuando se inclina para coger el auricular de uno de los teléfonos, suena otro distinto. Y cambia de auricular.

—¿Sí? Ah, es usted, Margarita... ¿Qué? ¿Que ya ha dado la radio la noticia? ¿Y qué es lo que ha dicho?... Ya, lo que sabemos... Bien, bien, que me pase inmediatamente la nota al gabinete de prensa, y convoque usted a los consejeros, menos a Urdaneta y Pellicer... ¿Qué?... Sí, como vicepresidente en funciones de presidente... Pues no, no me gusta tener que actuar en estas condiciones. Sí, necesito mucha suerte. Gracias.

Eulalia se enjuga los ojos con un diminuto pañuelo blanco.

—Tranquilízate, mamá —le repite, acariciándole la cara, la joven sentada a su lado en el lujoso diván.

Eulalia, rubia de peluquería, sin exuberancias ni arrugas excesivamente marcadas, se conserva en la cresta de su madurez, pero ya al sol de poniente, que la pátina de oro desvanecido. Sus facciones son bellas, pero impersonales. Es una copia más, en su exterior, de la mujer burguesa de su edad, muy cuidada, discretamente alhajada y vestida. En cambio, la joven que la acompaña, es una muchacha de rostro tan expresivo, especialmente por sus grandes ojos oscuros, brillantes y húmedos, que su viveza y esplendor deslumbran e impiden cualquier juicio en frío sobre su belleza. Es delgada. El cabello, espejeante y sedoso, de color castaño, le cae en ondas sobre los hombros. No luce una sola joya, ni siquiera pendientes, y viste una sencilla blusa

blanca y unos amplios pantalones de color rosa pálido, que se ajustan a los tobillos.

—¿Cómo quieres que esté tranquila, hija mía, sin saber siquiera si vive tu padre a estas horas?

—Claro que vive, mamá, no lo dudes. Papá es una pieza demasiado valiosa, y ellos lo saben muy bien, como para destruirla sin más. Por eso le han secuestrado y, por la cuenta que les tiene, procurarán conservarla para negociar y obtener el mayor provecho posible. Si la perdieran, no ganarían nada.

—Tiene razón Felicidad, señora —dice Urdaneta, que ocupa uno de los sillones. En el opuesto se sienta Pellicer—. Como acaba de decir su hija, los secuestradores, sean quienes sean, buscan algo a cambio de su marido, no sabemos qué, aunque es fácil suponerlo. De lo contrario, hubieran procedido de otra manera.

—¿Qué van a querer? Está claro. Dinero, mucho. Millones, muchos. —Opina Pellicer.

—Por supuesto. Yo pienso lo mismo. Dinero, dinero... ¿Y qué importa el dinero tratándose de papá?

—Si no fuera más que dinero... —gime Eulalia—. ¡Ojalá! Pero a otros los han matado. Son unos criminales y...

—Vamos, vamos... —le interrumpe Urdaneta—. No hay que pensar en lo peor. No hay motivo para ello todavía. Su marido es uno de los empresarios más importantes de España, eso sí, pero no está mezclado en política, ni tiene cuentas pendientes en el País Vasco. Olvide a la ETA, mujer, créame.

Eulalia mira a Urdaneta y mueve la cabeza dubitativamente. En la pausa que sigue, se oye una voz varonil que, en la habitación contigua, repite en alto la palabra gracias.

—Siguen llamando los amigos de papá —comenta Felicidad.

—¡Y qué menos! —exclama Pellicer.

En ese momento entra en la habitación, desde la contigua, un joven espigado, en mangas de camisa, en cuyo ros-